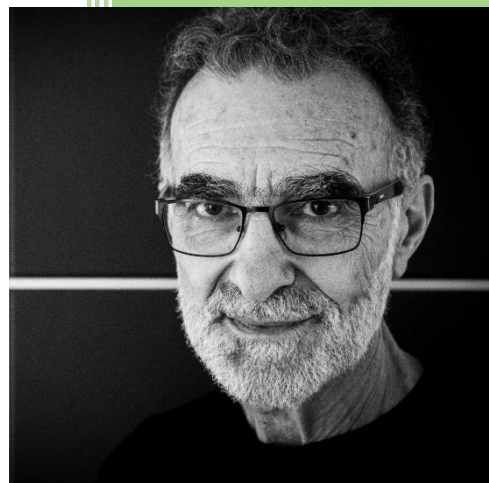


la estepa florecida

Juan Carlos Moisés



poesía

Medidas imprecisas

Está bien, dos más dos es cuatro,
pero querer a alguien es cinco,
seis, tal vez siete.

Oír el verano, oler la noche,
no tienen medidas precisas.

Se puede ser bueno o malo,
ambas cosas o ninguna,
sin que manzanas se vuelvan peras.

Los afectos no se suman,
los defectos no se restan.

Las nubes no abren juicios sobre las personas.

De *Esta boca es nuestra*, 2009.

De negro a blanco

de la oscuridad a la luz, y viceversa.

Fernando Kofman

Si el mundo es negro
la mente puede ser blanca.
Si la mente es blanca
el mundo puede serlo también.
Si lo negro piensa lo blanco
o lo blanco piensa lo negro
¿el resultado se invierte o se equilibra?

En estos pensamientos lógicos estaba
cuando me puse a oír el viento de la noche.
Después el viento dejó de soplar
y pude oír el silencio de la noche.
Cuando quise recordar el sonido del viento
sólo pude oírlo separado de la noche.
¿Dónde se había metido el viento?

Ahora estaba en mí y no en la noche,
soplando mis palabras, empujando
mi voz, de negro a blanco, y viceversa.

(a Oscar Battistina)

El fracaso

Se puede saber como nadie lo que es el fracaso,
se puede ser un acróbata del fracaso y asegurar
que lo peor está por venir, y que sea lo que sea
aquello que venga, no hará olvidar lo malo
que ya pasó o acaba de pasar.

También, en un acto de piedad, hay quienes
se ofrecen para desalentarnos con el triunfo
sin hacernos desistir de nuestro tonto orgullo.
Pero si el fracaso es el pozo, mientras haya
vida del pozo se sale hacia arriba y de esto
se puede hacer algo más que una especulación.
A veces interviene la abuela, que nos conoce
mejor que ninguno, y con todos y cada uno
de los años encima pone la nota apropiada:
—Mientras no se enamoren del dolor en vano...

(a Concha García)

Un hombre camina solo en el paisaje

Ahora y siempre, según el punto de vista,
el cielo se toca un momento con la tierra.
¿El cielo está en nosotros quiere decirnos?
¿Quiere decir, significar, poner a prueba?
Un hombre camina solo en el paisaje.
Un paisaje con vacas, árboles, nubes, lluvia.
Es una compañía inadvertida pero presente.
Un paisaje que alguien ha visto no puede morir.
Tampoco un paisaje soñado debería morir.
El hombre se acerca a una obra en refacción,
busca, revuelve entre los escombros antes
de que una máquina los cargue en la caja
de un camión y los deseche
en el relleno de una tierra baldía.
El hombre se decepciona de las cosas
inútiles que encuentra, y reniega cuando,
de mala gana, le piden que se aleje de la obra.
Da vueltas como el perro, sin irse ni quedarse.
Oímos lo que dice o intenta decir: a los obreros,
a sí mismo, a nadie, o a nosotros,
que pasamos caminando en el callejón desierto
y miramos como si fuéramos parte del hecho.
¿El paisaje somos nosotros quiere decirnos?
¿Quiere decir, significar, poner a prueba?
Porque una persona también es una voz.
Y una voz no es un desecho, si es sincera.

(a Marcelo Leites)

El tomate

Corto el tomate en la tabla de un tajo,
lo parto en mitades sucesivas,
y para no demorar lo inevitable
sigo cercenando esos pedazos indefensos
hasta hacerlos papilla, y salvo el color
rojo como una mancha de sangre
en el pecho del herido ya no podemos saber
lo que fue alguna vez, bajo nuestros pies,
su raíz hablando una lengua desconocida,
ni lo que será, después de condimentar
a gusto, sentarnos a la mesa familiar
y comenzar a comer sin culpa,
mientras conversamos animados
sobre los temas impiadosos del día.

Después del invierno

Volvieron los patos a la laguna, los teros
al campito y los peces a desovar en el río;
no es todo y no es poco lo que se puede ver
antes en la acción que en la contemplación.
Ahora los días son más largos y las noches
más cortas, también para mí llega rápido
la mañana, me levanto y mientras el agua
se calienta en la hornalla salgo y voy
al encuentro de la retama, del pino azul,
del ciruelo de jardín, la mirada quiere ir
hacia los álamos brotados de hojas y seguir.
La sensación es de contento por el nuevo día.
Sonrío sabiendo por qué sonrío
y sin saber el porqué, dejo de sonreír.
A veces lo veo, a veces no lo veo: el final
siempre se resuelve como tragedia.

En eso me quedo pensando, cuando han vuelto
los patos a la laguna, los teros al campito
y los peces a desovar en el río.

Campos nevados en la zona

“La discusión comienza cuando Garay dice que va a extrañar y que un hombre debe ser siempre fiel a una región, a una zona.”

—Comparto, dice mi amigo Francisco.

—Ni soñando comparto, dice “Lescano”.

—Precisamente es en el sueño donde no hay nada para discutir, digo discutiendo porque siento que viene de muy adentro, de las achuras, que tienen inconsciente freudiano.

—¿Ejemplo?, dice “Lescano”.

—Que yo también voy a extrañar todo esto cuando me vaya al norte del país.

—¡Ejemplo!, dice “Lescano”.

—Dejo la “zona” pero me la llevo en sueños.

—¡Quiero ejemplo!, dice “Lescano”.

—Sobran: cuando sueño que camino en los campos nevados, cuando sueño que sueño que camino en los campos nevados, cuando sueño que el sueño es uno nuevo y es el mismo, una vez más, repetidamente, cuando sueño que el sueño pasará, hasta que sueño que no sueño, que ya desperté en la mañana, mientras camino en los campos soñados.

—Es un ejemplo, dice “Lescano”.

(“Discusión sobre el término zona”, *La mayor*, Juan José Saer).

Saber y no saber

“Entre no saber nada y saber lo que los otros
quisieron que supiera
debí elegir lo primero”,

Joaquín Giannuzzi, *Historia nacional*.

A la mañana digo saber y a la tarde no saber,
no sé qué es esto y a veces no puedo saber
qué es lo otro, por cosas así me siento
una especie defectuosa de vagabundo mental,
una manzana criolla cortada por la mitad,
ni bromista amateur ni trágico profesional.
Otros andan con un cuchillo en la cabeza
y no se quejan: así que, JC, a otro lado
con el lamento y a recorrer a pie los mil
pormenores del camino, si no hay camino
a elevarse unos centímetros del suelo y levitar,
y no es levitación lo que nos salva de lo real,
como el día que manejé a 140 km x hora
del pueblo a la ciudad a orillas del mar
para ver a mi padre en terapia intensiva
con infarto agudo de miocardio.

Sé y no sé lo que es un viaje, sé y no sé
lo que es real en el movimiento.

Siempre tengo la corazonada de que algo ocurre
sin que lo sepa, o la inminencia, y nada más,
de que algo va a ocurrir y vivir para eso.

A la mañana digo saber y a la tarde me callo la boca.

Cuando me pierdo, mi memoria es mi camino,
pero no asegura nada, lo sigo como se pasa
el dedo por un vidrio empañado.

Fotos del álbum familiar 2

La foto es blanco y negro, dentados los bordes,
la foto ríe porque mi padre ríe en la foto,
está viva su risa, su cara, sus ojos que ríen,
no es extraño que siga riendo con los años
y que su nariz árabe acompañe la risa.

No lo dijo, pero es como si hubiera dicho

A la vida no se le habla de rodillas.

A la muerte no se le habla de rodillas.

¿Por qué?

Porque de rodillas no se habla.

No tenía humildad con estas cosas

y no era su preocupación errar en la alegría.

Hace algunos años, en un día de invierno,
la cara helada que besé por última vez
tenía una sonrisa que daba pena despedir,
sonreía como los que quieren quedarse a vivir
para siempre en este mundo que pocas veces ríe.

Los que se lanzan al camino

Después de haberles dado un respiro
a las palabras saco el capuchón
de la lapicera, abro la libreta de bolsillo
y escribo de corrido: “Dichosos los que saben
cómo son las cosas, con qué pormenores
van a encontrarse cada mañana, y piedad
para los que ignoran los detalles,
los que se lanzan al camino”.

A veces nos perdemos en el camino,
a veces las palabras se pierden
en el camino donde nos perdemos
y tenemos que aprender a hablar de nuevo.
¿Para qué? Para saber a quién le hablamos,
para saber de qué hablamos y cómo lo hablamos,
o para no saber, aunque hablemos.
Hay palabras que no tienen opciones:
ven una puerta abierta y quieren salir,
ven una puerta cerrada y quieren salir.

Linternas

Un conejo dice —*Quiero ser una cabra*.

Una cabra dice —*Quiero ser un conejo*.

Las palabras son las linternas del deseo.

Pienso en lo que vemos y en lo que no vemos.

Me subo al árbol y después me bajo,

pero el atajo no consiste en disponer

de una finalidad que acierte

sino de insistir con el riesgo.

El que busca encuentra, no siempre

lo mismo que busca, como el suelo

que a veces no se encuentra

donde siempre estuvo el suelo.

Hay maneras de ir más allá con las palabras:

ver un conejo y decir *conejo*, y que sea cierto,

ver un conejo y decir *cabra*, y que sea cierto.

No es mi intención escribir algo especial

No es mi intención escribir algo especial
que deje a todos con la boca abierta,
aunque lo juegue con el bigote,
con la habilidad del pelo más largo
como acróbata o ilusionista de circo.

Hay otras maneras de ir más allá
de lo que a simple vista es.

Si la vacilación ataca, la naturaleza
de las cosas espera su turno.

Para probarlo está la mano derecha
cuando se rebela contra sí misma
o el ojo izquierdo cuando niega
lo que ve el otro ojo.

Lo que no sabemos es vivir cabeza abajo,
salvo la mente, que puede dormir
con los ojos abiertos
y caminar con los ojos cerrados.

Por si acaso me cortaré los bigotes.

¿No me los corto nada?

De acuerdo, sin quejas, que las cosas
sigan su curso por determinación natural,
siempre que las palabras sean capaces
de atravesar con un rayo de luz
nuestros cuerpos opacos.

El que va a venir

Va a venir.

Vendrá y será bien recibido,

vendrá a donde es querido.

Vamos a tener el gusto,

queremos tener el gusto,

sería un disgusto que no viniera.

¿Por qué no habría de venir?

Si viene es porque sabe

que deseamos que venga.

Lo sabe: es bienvenido.

Ahora volvemos a decirlo

para que no tenga dudas.

Estaremos atentos para recibirlo.

¿Está viniendo?

¿Ya está acá? ¿Llegó?

¿Quién es? ¿Cuál es su nombre?

Final de escena

Una liebre de marzo en el mes equivocado

y un conejo blanco olvidado en la galera.

Una pelea a muerte con palabras

y palabras que mueren con las botas puestas.

Una voz que habla sola antes de hablarnos

y una voz que no volverá a hablar.

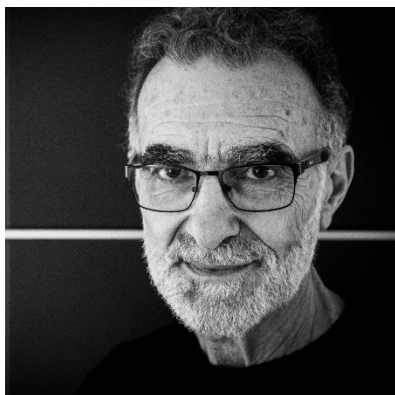
Alguien que sale por última vez

de una habitación hecha para el amor

y alguien que mira callado una tierra desconocida.

Un amor no correspondido hasta que la muerte los separe

y dos pies caminando sin destino sobre las aguas.



Juan Carlos Moisés por **Negro Ramírez**

Juan Carlos Moisés (Sarmiento, Chubut, 1954). Vive en Salta desde 2017.

Sus libros de poesía más recientes son *El jugador de fútbol* (2015), *Conversación con el pez* (antología, 2017), *El viento que hay acá afuera* (2021) y *Perro negro tallado en la nieve* (2025). Dos libros de notas: *Una lucha desigual con las palabras* (2016) y *¿Notas poesía?* (2025). Cuentos: *Baile del artista rengo* (2012) y *La velocidad de la infancia* (2010, 2018). Obras de teatro: *Desesperando* (2008) y *Pintura viva, El tragaluz, La oscuridad* (2013). Dirigió el grupo de teatro *Los comedidosmediante*. También dibuja.

